

Por qué vino Cristo

Cristo a menudo usó negativas para enseñar —es decir, explicó lo que *no* es cierto. Él creía que las personas debían estar concientes de las falsas enseñanzas y nociones, con el fin de que pudieran evitar el ser confundidos por estas. Son varios comentarios de este tipo los que encontramos en las enseñanzas que dio Jesús acerca de Su venida a la tierra. Estas «negativas» ayudan a aclarar la verdad acerca de por qué vino.

NO VINO A CONDENAR EL MUNDO, SINO A SALVARLO

Según Juan 3.17, Jesús dijo: «Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él». En cierta ocasión, Jacobo y Juan, quisieron mandar que descendiera fuego sobre una aldea de los samaritanos que no quiso recibir a Jesús porque estaba viajando hacia Jerusalén. Jesús los reprendió, diciendo: «Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas» (Lucas 9.56).

Dios tiene la intención y el deseo de salvar al mundo, no de destruirlo. No está ansioso por castigar al pecador; más bien desea «que todos procedan al arrepentimiento» (2ª Pedro 3.9). Hay quienes se han imaginado a Dios como un feroz monarca que vigila al hombre, y que está ansioso por encontrar falta en este; pero no es esta la imagen que presentan las Escrituras. Cuando Jonás se disgustó porque Dios no destruyó a Nínive, Dios lo reprendió por tener esa actitud. Dijo: «¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda...?» (Jonás 4.11). A Dios le causa tristeza que el hombre no sea salvo. Su propósito es salvar.

La primera venida de Cristo fue, entonces, con el propósito de salvar, no de condenar.

NO VINO A DESTRUIR LA LEY Y LOS PROFETAS, SINO A CUMPLIRLOS

Jesús les dijo a Sus seguidores: «No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir» (Mateo 5.17). Y agregó: «... ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido» (Mateo 5.18). La ley no había de pasar, sino *hasta* que cada detalle de ella se cumpliera.

Mientras que algunos han usado este pasaje para afirmar que el Antiguo Testamento todavía es vinculante, el pasaje enseña todo lo contrario. Jesús no vino a destruir la ley y los profetas, sino a cumplirlos. Él de hecho los *cumplió*. Cumplió las profecías, y cumplió las estipulaciones de estas al vivir a la altura de las exigencias de la ley. Otros pasajes también enseñan definitivamente que la ley de Moisés se cumplió, y dejó de ser vinculante. (Lea Hebreos 10.9–10; Colosenses 2.14; Gálatas 3.24–25.)

La transfiguración enseña la misma verdad. En presencia de Moisés y de Elías, esto fue lo que Dios dijo refiriéndose a Jesús: «A él oíd» (Mateo 17.5). Hubo un tiempo cuando la gente había de oír a Moisés y a los profetas como la voz de autoridad, pero ahora es Cristo el que debe ser oído, y reconocido como norma.

NO VINO PARA SER SERVIDO, SINO PARA SERVIR

Jesús dijo: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20.28). Él podía haber llamado a muchos ministros si hubiera querido, incluso ministros celestiales. Los recursos del cielo y de la tierra estaban a Su disposición; sin embargo, Él no vino para ser servido.

Recordemos la lección de Jesús sobre la verdadera grandeza: «El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo» (Mateo 23.11). Para recalcar y

ejemplificar esta lección, Él se ciñó una toalla, la toalla del servicio humilde, y lavó los pies de los apóstoles (Juan 13.5).

El mundo de hoy día parece estar lleno de gente cuyo objetivo más importante en la vida, es ser servido. Desean estar siempre recibiendo —de sus asociados, del gobierno, de la iglesia, de toda fuente posible. Puede que incluso haya miembros de la iglesia que se quejen por que no se les ministra. El ser servidos no debe ser nuestro interés en la vida. Nuestro trabajo es servir. ¿Acaso estamos esperando que Jesús venga otra vez, se ciña con toalla, y lave nuestros pies? ¿Será necesario que Él ponga un niño en medio de nosotros, y nos enseñe el camino hacia la verdadera grandeza? Él ya enseñó estas lecciones; aprendámoslas.

NO VINO A LLAMAR A JUSTOS, SINO A PECADORES

En cierta ocasión Jesús les planteó este desafío a Sus discípulos: «Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mateo 9.13). Cuando Él mismo fue criticado por comer con pecadores, esta fue la respuesta que dio: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos» (Mateo 9.12).

Jesús atendió a los que habían sido descuidados por los demás. Cuando Juan tuvo necesidad de que se le tranquilizara con que Jesús era verdaderamente el Mesías, a los mensajeros se les instruyó que le dijeran: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio» (Mateo 11.5). Lo anterior confirmaría a Juan que Jesús era el Cristo, pues se había profetizado que el Mesías haría estas mismas cosas que Jesús estaba haciendo (Isaías 61.1). Sí, Jesús fue a los que habían sido descuidados por los demás. Este ejemplo no es justificación para que nos mantengamos rodeados de gente mala para propósito alguno, excepto el de ayudarles.

NO VINO A TRAER PAZ, SINO ESPADA

Aunque Él habló de amor y paz, Jesús declaró: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada» (Mateo 10.34). La religión debe estimarse por encima de cualquier otro lazo. Mientras el mal abunde en el mundo, habrá divisiones. El cristiano

no desea paz a cualquier precio —no desea paz a costa de la verdad. Debemos elegir la verdad, aun cuando produzca enemistad. Debemos tomar la determinación de seguir a Cristo, aun cuando esto signifique la pérdida de amigos. En este sentido, Él trajo espada:

Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí (Mateo 10.35–37).

Cuando haya que elegir entre nuestros familiares y Cristo, debemos elegir a Cristo. No podemos ser Sus discípulos si amamos a padre o madre, a hermano o hermana, o a cualquier otra persona o cosa más que a Él. Jesucristo exige el primer lugar. Si es que es Señor, debe serlo de todo.

CONCLUSIÓN

¿Ha malentendido usted las razones por las que Cristo vino? ¿Vive usted como Dios desea? ■

Tiempos para meditar en la palabra de Dios

Bienaventurado el varón que en la ley de Jehová está su delicia (Salmos 1.1–3). Según el Salmo primero, el varón «bienaventurado», o dichoso, es el que medita en la Palabra de Dios. El versículo 4 revela que «no así los malos». ¿Cuándo ha de meditar el justo en las Escrituras?

Medite de día. Si nuestra delicia está en la Palabra de Dios, ella está en nuestros corazones durante nuestras actividades diarias, y en el frenesí de los negocios. La mente del cristiano está saturada con la Palabra de Dios; esta puede usarse en todo momento (vea Salmos 119.11).

Medite de noche. Puede que creamos que esto se refiere a momentos de descanso. Una de las pruebas más vitales de la religión de una persona, la constituyen sus pensamientos durante sus ratos de ocio.

Medite en el culto. En el culto, cuando cantamos y oramos, ¿meditamos nosotros en las palabras? Al participar de la Cena del Señor, ¿se dirigen nuestros pensamientos a la cruz? La adoración debe estar en el corazón para que pueda ser expresada.

Autor: Raymond C. Kelcy

Nombre de la serie: Grandes doctrinas bíblicas

©Copyright 2004, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados